



Nosotros Manuel Vilas

Nosotros

Manuel Vilas

Premio Nadal de Novela 2023

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín

I

La enamorada del viento

Estaba contemplando un rostro nuevo de la vida: frente y labios y pómulos y ojos nuevos de la vida, y un sol radiante iluminándolo todo.

Como un árbol se sentía, un gran árbol que, tras un huracán, descubre nuevas raíces, grandes, fuertes y escondidas raíces, fortaleza recién aparecida. Y esa fortaleza siempre había estado allí, a la espera de ser llamada a filas.

A pesar de que se pasaba sola toda la semana, Irene nunca se había sentido tan ilusionada como en estos últimos días. Acababa de cumplir cincuenta años, había firmado un pacto muy ventajoso con su cuerpo y había avistado a lo lejos de su alma una nueva frontera, un nuevo país al que viajar con tanto entusiasmo como rabia.

Rabia, sí, una rabia redonda como la luna.

Cuando enviudó traspasó la tienda de muebles, que había sido la gran empresa y oficio de su marido, y decidió descansar. Dejó a sus empleados en buena situación e ingresó en su cuenta corriente un buen montón de dinero. Porque Marce, su difunto marido, le hizo ese encargo: que nuestros em-

pleados sean felices, son nuestra gente, nuestros hermanos.

Así hablaba él, usando ese lenguaje tan raro, porque llamar *hermanos* a sus empleados era una de esas cosas de Marce, una de sus peculiares formas de ver el mundo, porque si no transformaba el mundo, si no lo embellecía, no podía ser feliz.

Poseía ahora Irene dos pisos en Madrid, uno céntrico, en el Barrio de las Letras, de sesenta metros cuadrados, y otro cerca de Chamartín, de lujo, de doscientos cincuenta metros, un decimoquinto con una terraza de vistas apasionantes, y dos plazas de garaje. Lo que más les gustaba era la altura, un último piso, por encima de ella misma no había nadie. No hay mucha costumbre en Madrid de construir edificios altos.

Marce siempre lamentó esa carencia.

Quería vivir arriba, cerca de las nubes, como los neoyorquinos.

No encontraron ningún edificio más alto que les gustase y se conformaron con esa planta 15, que no estaba nada mal. A Marce le encantaba la Torre Picasso, pero allí todo eran oficinas de importantes empresas. Desde la planta 15 al menos podían ver el horizonte.

Desayunaban en la terraza y miraban la lejanía, aunque siempre echaron de menos unos veinte metros más de altura, como si quisieran huir del suelo, irse de Madrid, camino de las nubes.

Huir del suelo era una manera de pensar, una filosofía.

Muchas veces, al terminar el café con leche, los

dos se quedaban mirando al cielo. No había ninguna casa más elevada que la de ellos en las proximidades, no tenían delante más que el espacio abierto, y recuerda ahora mismo Irene la contrariedad de Marce de no haber podido encontrar un rascacielos para poder vivir en una planta 28, lejos de la realidad de las calles y los coches y las normas de tráfico y los semáforos, al lado de los pájaros, de las aves que vuelan altísimas, dentro de las nubes, porque las nubes podrían haber sido su hogar.

«No hay rascacielos en Madrid», cuántas veces oyó esa cantinela, porque dentro de ese lamento latía una forma de desobediencia arquitectónica muy de Marce. Y las veces que estuvieron tentados de irse a vivir a Benidorm, porque allí sí había rascacielos. Resonaban sus palabras: «Mira que si acabamos viviendo en Benidorm, qué sería de nuestro glamur».

Y lo oía reír.

El apartamento amplio y lujoso de Chamartín había sido su vivienda de siempre, la que había compartido con su marido durante los últimos veinte años, muchos años, ay, demasiados años, Irene, quizá no habían sido tantos, se dice a sí misma, pero Irene mide el tiempo a su manera.

¿Quién impuso la medición del tiempo?

¿Por qué se ha de medir el tiempo según estipulan los Gobiernos, las sociedades, las leyes, la historia? ¿Se puede liberar el tiempo? Allí donde hubo cien días para unos, para otros hubo cien años.

Superstición tras superstición, las sociedades decretan leyes.

Vendió ese piso, y con lo que le dieron, junto al traspaso de la tienda, más lo que había heredado tras la muerte de su Marce, que fue mucho, se hizo con una pequeña fortuna que no dejaba de admirarla.

Cada vez que contemplaba la cantidad de euros que poseía sentía furia y confusión al mismo tiempo, pues en esos números se resumía su vida entera, esos números contenían una convicción aritmética que causaría la envidia de mucha gente.

Pero él no estaba, de ahí la furia, de ahí la oscuridad de su alma.

Si no estaba él, ¿por qué estaba todo ese dinero? Era una pregunta estúpida, pero las preguntas estúpidas suelen ser las mejores y las más certeras.

Tentada estuvo de ir a los bancos y pedir que le dejaran ver su dinero, ya que no podía verlo a él, y pasar un rato a la vera de esos cientos de billetes, que en el fondo no eran más que símbolos, metáforas, ilusiones.

Esos símbolos, sin embargo, se podían transformar en cosas, ahí residía el milagro, el viejo milagro de la transformación de los símbolos en piedra, en ladrillos, en tierras, en ruedas, en casas, en coches, en aviones, en mansiones, en comida, en cientos de kilos de comida, en una legión de vacas, en una legión de piscifactorías, en una legión de seres humanos a tu servicio.

Esos símbolos se podían transformar sobre todo en muebles.

Por eso tuvieron una tienda de muebles, porque los muebles son más reales que muchas historias de amor. Los muebles se quedan cuando el amor se va.

Casi siempre de muchas parejas rotas solo quedan los muebles: armarios, camas, mesas, sillas, mesillas, estanterías, muebles libreros, librerías, cómodas, rinconeras. A Marce le emocionaban las mesillas; decía que una mesilla en un dormitorio era una defensa contra la oscuridad de la noche. En la trastienda coleccionaba viejas mesillas de noche, de todas las épocas. Les tenía una devoción casi sobrenatural.

Irene se fue a vivir al piso pequeño del Barrio de las Letras, que había tenido alquilado hasta hacía unos meses. Mandó pintarlo y arreglar tuberías y cambiar electrodomésticos, poner el baño completamente nuevo, tirar un tabique, cambiar la carpintería de las ventanas, una reforma de cinco semanas. Estuvo presente cuando dos albañiles derribaron el tabique, un tabique de unos ochenta años de antigüedad. Miró esos viejos ladrillos, que iban a ir directos a alguno de los lugares que el Ayuntamiento de Madrid dispone para el vertido de escombros.

Ladrillos que habían visto y oído tantas cosas, últimos testigos de viejas familias a las que cobijaron de la intemperie.

Ladrillos, fósiles de la vida familiar.

Cogió uno y depositó en él un beso.

Y lo arrojó al contenedor que habían colocado los albañiles de la reforma.

Luego, al rato, perpleja, nerviosa, volvió a buscar el ladrillo y lo metió en su bolso.

Mandó instalar los electrodomésticos más caros del mercado, unos modelos alemanes de última generación cuya principal virtud era que cumplían unas normas ecológicas que le parecieron tan miste-

riosas como respetables. Casi se echa a reír cuando le dijeron que los electrodomésticos más caros eran los más ecológicos. En realidad, la risa tras de la cual se situó la suya era la de Marce, porque Marce se habría reído de semejante ironía.

Hizo coincidir la entrega de llaves del piso de Chamartín con su mudanza al piso pequeño de la calle de Santa Catalina.

El piso de Santa Catalina era un primero. Había descendido del piso 15 de Chamartín a casi a ras de suelo.

Había bajado desde el cielo hasta la tierra.

Ya no veía las nubes, ahora veía y oía gente y coches, ruido de bares. Notaba el reflejo de las farolas cuando llegaba la noche.

El día que inauguró la reforma colocó el viejo ladrillo en un lugar principal de la casa, y ese ladrillo era un superviviente, una muestra material de la inmaterialidad del tiempo. Ese ladrillo tenía casi un valor místico, de una religión desconocida.

Tras la muerte de su marido, su amado Marcelo, su Marce, la vida de Irene había experimentado cambios frenéticos, que muchas veces no sabía ni cómo valorar. No tuvieron hijos. No había, por tanto, nadie a su lado. Solo una cuñada, Paola, la hermana de su Marce, que se casó con un estadounidense y vivía en un pueblo del Medio Oeste; no pudo llegar al entierro por culpa de un tornado y mandó una corona por Interflora con una carta llena de tópicos, escrita en un español mezclado con italiano y con algún toque de inglés. Marce y Paola eran italianos, habían nacido en Roma, de padre español.

Estaban también el padre y la hermana de Irene, con quienes tenía una relación distante, aunque los quería y mucho. Siempre habían velado por ella.

Meditó sobre su soledad recién sobrevenida. Tenía razones para abandonarse a la tristeza, pero Marce no lo habría permitido. Marce le dijo que estuviera del lado del sol, siempre bajo el sol. Su marido adoraba el sol, y ella lo acabó adorando también: en alguna medida su matrimonio fue un hijo del sol.

También la admiraba que el piso de Santa Catalina fuese tan coqueto, tan agradable pese a estar tan cerca de la tierra y sus ruidos. Vivieron en él de recién casados. Fue la primera compra que Marce y ella hicieron juntos antes de subir a las nubes del piso 15 de Chamartín.

A veces casi lloraba, o eso le parecía a ella, al recordar lo mucho que había querido a su Marce, y no acababa de entender qué había pasado, cómo se habían precipitado tantos acontecimientos en su vida, e incluso llegó a temer por su propia desaparición, su propia muerte. Pero de manera invariable se despertaba todas las mañanas, se preparaba el desayuno, y poco a poco fue volviendo al culto al sol, a disfrutar de la luz que se colaba por la cocina, del café recién hecho y de las tostadas con miel.

Le venía a decir a la muerte: «Me das igual, me resultas insignificante, no te tengo ni miedo ni nada, no siento nada ante ti, no creo que existas siquiera».

Irene agitaba su conciencia, su pensamiento, se embarraba en conjeturas que acababan en sarcasmo e ira.

«Hace frío, pero podemos desayunar en la terra-

za porque está el sol»; volvía a oír esa frase, ahora ya remota, esa era la frase de los inviernos, la frase que pronunciaba Marce, esa frase que le daba a la vida sentido.

«Está el sol», eso era suficiente. Afirmar que está el sol. Y salían a desayunar, dándose un beso y ofreciéndose una sonrisa.

Una mañana hizo un cálculo aproximado (tenía buenas habilidades contables, habilidades que le habían reportado mucho dinero en la vida ayudando a Marce con la tienda de muebles), y le alcanzaba perfectamente para vivir más de diez años, incluso quince, o veinte, a cuerpo de reina. Entendió que la muerte imponía no solo el final de todo, el final del matrimonio más mágico del universo, pues eso es lo que ella pensaba de los años vividos con Marce, sino también el sinsentido de las cuentas bancarias, ya que no iban a poder seguir gastando dinero juntos.

La irrealidad de la muerte y la irrealidad del dinero se aunaban.

La falta de consistencia.

La falta de gravedad.

Marce era un sistema gravitatorio.

Los sistemas gravitatorios son la vida.

Tal vez no hubiera un final para lo que tuvo un carácter mágico, porque su pasión amorosa seguía existiendo, estaba en todas partes aún. Y el dinero que habían acumulado también seguía estando allí. Marce no estaba, pero su dinero se había quedado.

No quiere recordar ese momento, el momento en que Marce murió.

¿Lo vio morir?

¿Lo vio morir, realmente?

¿Es visible la muerte, se hace visible cuando llega?

Para olvidar ese momento, el momento de su muerte, usa un remedio tonto. Piensa en su propia muerte, revelada en una dimensión desconocida: una vez muerta, no puedes disponer de tu dinero. Y tu dinero pasa a manos de desconocidos, incapaces de valorar el esfuerzo que te costó ganarlo.

El dinero, con la muerte de quien lo supo ganar, perdía identidad, regresaba a lo informe y despersonalizado.

Su marido no estaba, y sus manos no podían tocar el cuerpo de su Marce como lo habían tocado durante veinte años, y no podía vivir sin él, pero le había prometido que lo haría, porque antes de morir le había enseñado el lugar, el castillo secreto.

Irene pensó que nunca volvería a sentir ningún tipo de necesidad sexual, y vio en ese pensamiento una especie de fidelidad a su Marce que le dio estabilidad y le devolvió una quebradiza certeza, más un deseo de seguridad que una certeza. El haber tenido ese pensamiento le provocaba miedo y desesperación.

Sin embargo, por las mañanas, después de desayunar, meditaba sobre qué sería de su vida y sobre si alguna vez volvería a amar. Lo hacía casi de manera furtiva. Porque Marce aún estaba allí, con sus manos grandes, con sus ojos verdes, con su bondad y su sonrisa pacificadora.

Su corazón era un lugar confuso, iba del pánico a

la esperanza. Pensó que a muchos seres humanos les pasa lo mismo una vez cumplidos los cincuenta años, porque antes no puede verse el trazo del río de la vida.

Desde donde Marce estaba seguía sometiéndola a un huracán de ensoñaciones, de preguntas, de zozobras sin nombre.

Ella quería que fuese así.

La voluntad de Irene construía las cosas.

Su voluntad.

Su placer.

Al despertar, su pensamiento iba de Marce al mar, a la necesidad repentina de ver el mar. Como si el fantasma de Marce se hubiera metido dentro del mar y allí hubiera construido un refugio.

No tengo que dar cuentas a nadie de nada, se dijo una de esas mañanas, pues soy completamente libre de hacer lo que quiera, no tengo por qué estar aquí.

Presa de una alegría y una excitación del todo imprevistas, abrió el armario, sacó la maleta de tamaño mediano y puso dentro vestidos, blusas, ropa interior, un par de jerséis, el neceser, un pequeño arsenal con sus perfumes favoritos, sus cremas, sus polvos de maquillaje, sus pinceles, su perfilador de labios y algunas cosas más elegidas al capricho del momento.

Se subió a un taxi de una manera teatral, miró hacia el portal de su casa como quien se marcha para mucho tiempo y dijo al taxista que la llevara a la estación de Atocha, donde sacó un billete en preferente con destino a Málaga. Siempre hay billetes en preferente, pensó Irene.